

ca y destructora del paludismo, que es producido por una entidad microscópica de origen vegetal y producto de la putrefacción en los lugares pantanosos ó excesivamente húmedos y calientes.

Además de estas virtudes del eucalyptus, virtudes que residen en las emanaciones de su esencia, es muy probable que esta misma esencia por su oxidación dé origen al ozono, cuerpo que es producido por la modificación del oxígeno de la atmósfera en presencia de sustancias fácilmente oxidables, como son las esencias. La experiencia ha comprobado que el ozono es un agente de salubridad general porque destruye los miasmas de naturaleza vegetal y animal. El eucalyptus goza, pues, de esta doble virtud.

Cualquiera que sea la interpretación de estos hechos, la inmundicia de que gozan, relativamente á la fiebre intermitente, las comarcas pobladas de eucalyptus, es verdaderamente debida á la presencia de estos árboles balsámicos. Su propagación es una ley higiénica de interés general para nuestro país, tan descuidado en precauciones de salubridad y tan combatido por las enfermedades miasmáticas.

La influencia de los bosques de eucalyptus debe considerarse también desde dos puntos de vista diferentes del que hemos estudiado anteriormente.

El primero es la purificación del aire.

Segun el señor Heger de Giesen, la hectara de bosques purifica el aire fijando en cada año 2014 kilogramos de carbono, tomado del ácido carbónico que se difunde en la atmósfera.

A esta influencia debe agregarse que la salubridad de las plantaciones de eucalyptus es muy superior á la que se efectúa por los canales de desagües, por drenajes y por trabajos de desecación; porque al mismo tiempo que estas plantaciones sustraen del suelo de un modo incesante la humedad que favorecería las descomposiciones pútridas que son la causa de muchas enfermedades, modifica las cualidades del aire por las emanaciones aromáticas de sus hojas persistentes.

En apoyo de esta opinion el señor Corson hizo notar en la "Sociedad geográfica de Paris" la feliz influencia que han ejercido las plantaciones de eucalyptus en la salubridad de la llanura de Mitidja en la Argelia.

El segundo punto de vista desde el cual deben considerarse las plantaciones de eucalyptus, es el de las influencias meteorológicas.

La influencia de la destrucción de los bosques sobre el clima y sobre la abundancia de las lluvias y de las aguas corrientes, fué observada por el señor Boussingault estudiando el descenso del nivel de muchos lagos de Venezuela, del Ecuador y de nuestro propio suelo; y mas tarde fué estudiada por Bequerel, y anteriormente ha sido claramente demostrada por el Consejero Wex. Despues de los desmontes considerables hechos de medio siglo á esta época, el nivel medio del Elba y del Oder ha bajado 17 pulgadas; el del Rhin, 24 pulgadas, el del Vístula, 26 pulgadas; y el del Danubio en Orsoba, 55 pulgadas; al mismo tiempo se ha comprobado una disminución muy notable en el rendimiento de todas las fuentes.

[Continuará].

EL CARACTER.
POR SAMUEL SMILES.

Estó fue lo que le hizo exclamar en *Childs-Harroll*
"—untought in youth my heart to tame
My springs of life were poisoned.
"Porque no me enseñaron en mi juventud á do-

mar mi corazón, las fuentes de mi vida fueron emponzoñadas."

Aunque de una manera diferente, el carácter de Mrs. Foote, madre del festivo y jovial actor, se reprodujo en rasgos verdaderamente curiosos en la vida de su hijo. Despues de haber sido herejera de una gran fortuna, pronto la derrochó y acabó por ir á la cárcel por deudas. En tal apuro escribió á Sam, que le pasaba cien libras esterlinas por año de lo que ganaba en el teatro:

"Querido Sam: estoy en la cárcel por deudas; procura socorrer á tu tierna madre. E. FOOTE."

A lo cual contestó su hijo:

"Querida madre: me encuentro en la misma situación, y eso impide á tu hijo afectuoso cumplir con sus deberes para con su tierna madre.

SAM FOOTE."

Una madre insensata puede perder á un hijo que tenga muy buenas dotes, inculcando en su espíritu sentimientos dañinos. Es fama por ejemplo, que la madre de Lamartine le hizo formar falsas ideas de la vida, educándole en la escuela de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre, lo cual exageró, en vez de moderar, sus naturales disposiciones al sentimentalismo; y to la su vida fué víctima de las lágrimas, del cariño y de la falta de previsión. Raya en ridiculo oír á Lamartine, en sus *Confidencias*, representarse como una "estatua de la Adolescencia elevada sobre un pedestal para servir de modelo á los jóvenes." Así como fué el niño mirado de su madre, lo fué también de su patria hasta el fin de su vida, que fué amargo y triste. Hablando de él, dice Sainte-Beuve: "Era sin cesar objeto de magníficos obsequios, que nunca supo apreciar; todos los prodigaba y los despilfarraba, exepcto: el don de la palabra, que parecía inagotable, y del cual hizo uso hasta el fin como de una flauta encantada."

Hemos hablado de la madre de Washington como muy versada en los negocios; cualidad que es no solamente compatible con la verdadera naturaleza de la mujer, sino que es, hasta cierto punto, esencial para la comodidad y el bienestar de toda familia bien arreglada. La experiencia en los negocios no se refiere solamente al comercio, sino que puede aplicarse á todas las cosas prácticas de la vida, á todo lo que debe ser organizado, previsto y ejecutado. Y, por mas de un motivo, la dirección de una familia y de una casa es tan importante como la de un almacén ó un escritorio, puesto que exige método, exactitud, espíritu de organización, industria y economía; así como disciplina, tacto, expedición y el arte de equilibrar los gastos con las rentas. Todo esto se roza con los negocios, y, por consiguiente, es tan indispensable que las mujeres se habitúen á ello, si quieren hacer la felicidad del hogar, como que lo practiquen los hombres que se dedican al comercio, á la industria ó á las manufacturas.

Hasta ahora, empero, ha prevalecido la idea de que las mujeres no tienen que ocuparse en tales asuntos, porque el conocimiento de los negocios y las cualidades que ellos exigen, son asunto enteramente privativo de los hombres. Veamos, por ejemplo, la ciencia de los números, á propósito de la cual dice Mr. Oright: "Enseñad á fondo la Aritmética á un muchacho y ya quedará hecho hombre." Y por qué? Porque habrá aprendido lo que es método, exactitud, valor, proporciones, relaciones &c. Y, hay acaso muchas jóvenes que sepan Aritmética? Bien pocas en verdad; y cuál es la consecuencia?

casado la jóven se casa, si no entiende nada de números, si es novicia en sumas y multiplicaciones podrá llevar cuenta de sus rentas y de sus gastos y cometerá una infinidad de equivocaciones que lleguen á ser fuente de discusiones en el hogar. La mujer que no está á la altura de su ministerio, es decir, que no sabe manejar los oficios domésticos conforme á las más simples nociones de aritmética, estará expuesta, por pura ignorancia, á cometer extravagancias que pueden ser funestas á la paz y al bienestar de su casa.

El orden que es el alma de todos los negocios, el fundamento de capital importancia en una casa: el orden puede llevarse á cabo sin orden. El orden excluye la confusión, como que exige exactitud que es otra cualidad esencial en los quehaceres. La mujer inexacta, lo mismo que el hombre inexacto, para disgusto, porque desperdicia el tiempo y hace creer que no tenemos bastante importancia en sus ojos para hacerla más solícita. Para el mundo de negocios, el tiempo vale dinero; para la familia el orden vale más todavía: es la paz, la concordia y la prosperidad de la familia.

La prudencia también es una cualidad importante en los negocios, tanto para los hombres como para las mujeres. La prudencia es la sabiduría práctica, es un juicio ilustrado: busca en todas las cosas lo que es bueno y conveniente; decide con firmeza lo que debe hacerse y cómo debe hacerse; elige los medios, el momento y la manera de obrar; la prudencia se aprende por la experiencia apoyada por la instrucción.

Por lo tanto, por todas estas razones, cuán necesario es acostumar á las mujeres á los negocios, á que puedan prestar auxilio eficaz en la vida y en el trabajo de cada día. Más aún: para ejercer satisfactoriamente el poder de que están investidas; para ayudar á sus hijos desde la cuna y educarlos, disciplinarlos, las mujeres necesitan de toda la ayuda y de todo el apoyo que la educación intelectual puede proporcionar.

El instinto por sí solo no es suficiente; el que guía á las criaturas inferiores se aprende naturalmente; pero la inteligencia humana, tan preciosa en una familia, necesita ser desarrollada. La salud física de las generaciones futuras depende por la Providencia, á los cuidados de la madre y en la naturaleza física es donde se encierra la naturaleza moral. Obrando conforme á las leyes naturales, es como podremos conseguir para los nuestros la salud del cuerpo y del alma. Pero para seguir esas leyes es necesario que la mujer las conozca; y, si las ignora, el amor de la madre suele muchas veces ser cegado con el atand del niño.

Esto es decir, que la inteligencia de que se le ha dado á la mujer, lo mismo que al hombre, le ha sido dada para que se sirva de ella y no para que se empuñe por falta de uso. "Cálculo sin fin se conocen sin objeto. Puedo el prodigar sus bienes, pero disiparlos, jamas. Querido hacer de la mujer un ganapan para un lindo juguete para entretener los ojos del hombre. Ella existe tanto para sí misma como para los demás, y los serios deberes que ella debe desempeñar no exigen menos las luzes de su inteligencia que las de su corazón."

La parte de los niños que nacen muertos antes de los tres años, no debe atribuirse sino á la ignorancia de la madre en materia de leyes naturales; ellas ignoran en la educación humana, el uso del aire libre, del agua y de preparar y administrar una alimentación saludable. La moralidad no existe entre los seres irracionales.

ces de su inteligencia que las simpatías de su corazón. Su más alta misión no consisten en descollar en esos talentos frívolos á que tantos momentos preciosos se dedican en nuestros días, porque aunque los talentos pueden realzar los encantos de la juventud y de la belleza, que ya por sí son suficientemente encantadoras, veremos que de muy poca utilidad son en las exigencias de la vida real.

El más grande elogio que los antiguos romanos podían hacer de una noble matrona, era que se estaba en su casa hilando. *Domum mansit lanam fecit.* Hase dicho en nuestros días, que harta ciencia tenía una mujer cuando sabía de química lo bastante para preparar un cocido, y lo suficiente de geografía para conocer los aposentos de su casa. Lord Byron, cuyas simpatías por la mujer en general eran de muy imperfecta naturaleza, declaró que quería que ella limitase su biblioteca á una Biblia y á un libro de cocina. Pero esta manera de considerar el carácter y la educación de las mujeres es tan absurdamente estrecha y estúpida, como la manera contraria, tan en boga hoy día, es extravagante y opuesta á la naturaleza—la que consiste en creer que la mujer debe educarse de manera que de todo punto se iguale al hombre, á fin de que no haya entre ellos sino la diferencia de sexos, de que ella tenga los mismos derechos que él, inclusive el de votar, y de que, en una palabra, ella sea su competidor en todo lo que hace de la vida un combate egoísta y enojarizado, una caza á los puestos, á los honores y al dinero.

En general, la educación y la disciplina que más convienen á uno de los sexos al principio de la vida, son también lo mejor que hay para el otro. La cultura moral é intelectual que abastece el espíritu del hombre, será igualmente saludable á la mujer. Todos los argumentos que se han presentado en favor de la instrucción superior de los hombres, abogan con igual fuerza en favor de la instrucción superior de las mujeres. En todos los ramos de sus atribuciones, la inteligencia de la mujer aumentará su utilidad, su eficacia; la dotará de pensamiento y de provision, le permitirá hacer frente á las eventualidades de la vida, le insinuará útiles mejoras, y la fortalecerá en todo y para todo. El poder de sus facultades intelectuales la protegerá contra el engaño y la impostura mucho mejor que una ignorancia sencilla y sin recelo. En su educación moral y religiosa, ella alcanzará medios de influencia más fuertes y más duraderos que en sus atractivos físicos, y, en un justo medio de independencia y de confianza en sí misma, descubrirá ella las verdaderas fuentes del bienestar y de la dicha doméstica.

Pero si el espíritu y el carácter de la mujer deben ser cultivados en atención á su propio bienestar, no debe tampoco olvidarse que ella puede hacer mucho por la felicidad ajena. Los hombres por sí solos no podrían ser sanos de espíritu y de corazón si las mujeres fuesen lo contrario; y si, como nosotros la comprendemos, la condición moral de un pueblo depende sobre todo de la educación de la familia, resulta que la educación de las mujeres debe ser considerada como una cuestión de importancia nacional. El carácter moral y la fuerza mental del hombre encuentran su mejor salvaguardia y su apoyo en la pureza y en la elevación moral de la mujer; y cuanto más se dilatan las facultades del carácter, habrá más orden y armonía en la sociedad y más seguridad de que ésta se engrandezca y prospere.

Cuando Napoleon decía, cincuenta años ha, que Francia corecía de madres, quería decir, en otros

términos, que el pueblo francés tenía necesidad de una educación de familia presidida por mujeres buenas, virtuosas e inteligentes. La primera revolución francesa presenta un ejemplo terrible de las desgracias sociales que pueden resultar del descuido de la regeneradora influencia de la mujer. Cuando ocurrió esa grande explosión, la religión, la virtud estaban ahogadas en el sensualismo; el carácter de la mujer se había doprado; la fidelidad conyugal no era respetada; la maternidad no era ya un título de honor. La corrupción había alcanzado ya hasta el hogar de la familia, y éste no era ya suficientemente puro para servir de vínculo a la sociedad. Francia no tenía ya madres y sus hijos se vieron pronto desenfrenados. La revolución estalló "en medio de los aullidos y de la feroz violencia de las mujeres".

Pero la terrible lección fué desconocida, y más de una vez todavía Francia ha sufrido por falta de esa disciplina, de esa obediencia, de esa fuerza de voluntad y de ese respeto propio que no se aprenden bien, sino en la familia. Dícese que el tercer Napoleon atribuía a la frivolidad y a la falta de principios del pueblo, y a su desenfrenada afición al placer, esa impotencia de la Francia, que, en sus últimos tiempos, la ha hecho caer sin fuerzas y ensauzagrada a los pies de sus vencedores. Él debió haber conocido que él no había hecho sino contribuir en mucho a desarrollar esa tendencia. Para que Francia sea grande y buena, necesita pues la disciplina indicada por Napoleon I.: la educación de la familia por medio de madres virtuosas.

La influencia de la mujer es una misma dondequiera. En todos los países, las costumbres, las maneras, el carácter del pueblo dependen de ella. Cuando ella es depravada, la sociedad es depravada; y cuando ella es mas moralmente pura é ilustrada, mas noble y digna será la sociedad.

Así, pues, instruir a la mujer, es instruir al hombre; elevar el carácter de la una, es elevar el carácter del otro; ensanchar la libertad moral de la mujer, es asegurar la de la sociedad entera. Porque las naciones son producto de los hogares de la familia, y los pueblos, de los de las madres.

Pero si está probado que una nación no puede ganar con las luces y con el perfeccionamiento de la mujer, es mas que dudoso que pueda haber ventaja alguna en ponerla en competencia con el hombre en la ruda labor de los negocios y de la política. Así como a las mujeres no les cumple desempeñar el oficio especial de los hombres, tampoco a éstos les es dado aplicarse a los quehaceres de ellas. Y siempre que la mujer ha sido arrebatada a su casa y a su familia para dedicarla a otro trabajo, el resultado, en el punto de vista social, ha sido desastroso. En estos últimos años, los esfuerzos de algunos grandes filántropos han tendido a impedir que las mujeres trabajen a par de los hombres en las carboneras, en las fábricas, en las claverías y en los ladrillares. No es raro en el Norte de Inglaterra, que los maridos se queden ociosos en la casa, mientras que sus mujeres y sus hijas trabajan en las fábricas; de donde con frecuencia resulta la completa subversión del orden, de la disciplina y del arreglo de la familia y del hogar.*

Tampoco hay razón para suponer que pueda asegurarse la elevación y el progreso, de las mujeres in-

* Hará como veinte años que el autor escribió y publicó el trozo que va en seguida, no sin tener conocimiento práctico del asunto; y, a pesar de los grandes adelantos que se han verificado en la suerte de los fabricantes de ladrillos, gracias a los nobles esfuerzos de lord Shaftesbury, la descripción es todavía en su mayor parte exacta:

"El sistema de manufacturas ha podido aumentar mucho la ri-

visiéndolas del poder político. En estos días, sin embargo, muchos creen en la eficacia de los "votos,"* y esperan un bien indefinido de la "emancipación" de las mujeres. No es necesario discutir aquí esa cuestión. Bastenos hacer constar que, si el poder político no le ha sido dado a la mujer, él está más que compensado por el que ellas ejercen en la vida privada, educando en el seno de la familia a los que más tarde han de llegar a ser hombres y mejores, y realizar todos los trabajos de este mundo. El radical Bentham dice que el hombre no podría, aun cuando quisiera, quitar el poder a la mujer, porque ella es la que gobierna en el mundo "con todo el poder de un despota."** aunque su cetro sea cetro de amor. Y, para formar el carácter de toda la raza humana, se necesita un poder mas grande que el que pudiera dar a las mujeres, el derecho de votar por los miembros del Parlamento, y aun hasta el de hacer las leyes.

Hay sin embargo, un ramo especial de las atribuciones de la mujer, que exige seria atención de todos los reformadores femeninos, porque él ha sido hasta ahora pasmosamente descuidado. Queremos hablar de la preparación mejor y más económica del alimento humano, en que actualmente se gasta de una manera escandalosa, por no conocer ni los elementos del arte culinario. Si hay que considerar como bienhechor de su especie al hombre que hace brotar dos espigas de trigo en terreno que antes no producía sino una, con mayor razón debemos honrar públicamente a la sabia mujer de gobierno cuyos esfuerzos tienden sin cesar a disminuir los gastos y a sacar el mejor partido posible de los productos alimenticios debidos al trabajo y a la industria del hombre. El uso perfeccionado de los ya adquiridos recursos sería por sí solo equivalente a la extensión inmediata del terreno cultivable del país; y tendría ventajas inmensas en todo lo relativo a la salud, a la economía y al bienestar doméstico. Ojalá que nuestros reformadores empleen con éxito a este propósito, toda su energía; así se captaran el reconocimiento de todas las familias, y merecerán ser calificados entre los más grandes filántropos prácticos.

queza del país, pero ha producido el efecto más deletéreo en la condición doméstica del pueblo. Ha invadido el santuario de hogar, y roto los lazos de la familia y de la sociedad. Ha arrebatado la mujer a su marido, y los hijos a sus padres. Ha tendido la tendencia, sobre todo rebajar el carácter de la mujer, cuya misión especial es cumplir con los deberes domésticos, dirigir su casa y educar su familia. Ella debe prever las necesidades y arbitrar los recursos; pero la fábrica no la deja el tiempo de cumplir con esos deberes. Ella ya no pertenece a su casa; los hijos crecen descuidados y sin cultura; los mas caros afectos se debilitan; es ya la mujer la dulce y tierna compañera, la amiga del hombre; es, sí, su camarada de trabajo y de penalidades; y esta expuesta a influencias que, muy amenudo, destruyen esa modestia de pensamiento y de conducta, que es una de las mejores salvaguardias de la virtud. Sin juicio y sin principios sólidos que las guíen, las jóvenes de las fábricas adquieren desde temprano el sentimiento de independencia. Prontas a sacudir la sujeción que los está impuesta por sus padres, abandonan la casa y se hallan muy en breve iniciadas en los vicios de sus compañeras. La atmósfera física y moral en que vivo, estimula sus groseros instintos; la influencia del mal ejemplo viene a ser contagiosa para ellas, y el mal se propaga por todos los lados" [The Union, enero de 1842].

* Un autor satírico francés, al señalar los numerosos plebiscitos de continuas elecciones de estos últimos años, y la falta progresiva de creencias en todas las cosas, excepto en los votos, decía, en 1837: "parecíamos acercarnos rápidamente al día en que la única creencia de los hombres y de las mujeres sería: "El voto nuestro de cada día damos hoy."

** Es de necesidad primordial y absoluto que las relaciones entre la madre y el hijo sean mucho más completas, aunque a menor grado, que las que existen entre el padre y el hijo.... Según sir Robert Plamer, la hipotesis del padre tan necesario como absoluto del padre, sobre sus hijos fué la fundación y el origen, y luego la justificación del poder de monarquía en todos los Estados políticos. Hubiera sido más exacto citar la definición de la mujer como la sola forma legítima de gobierno. [Autopsy, t. II, p. 121].

1271